La niña que sembraba estrellas

Basado en: Flor de Monte

Hecho por: Antonia Carrasco

En un rincón escondido del mundo, entre cerros que parecían dormir bajo mantas de niebla y valles cubiertos de flores silvestres, vivía una niña llamada Lucía. Era menuda, de ojos como lagunas al amanecer, y caminaba descalza por la tierra tibia como si conociera sus secretos.

El pueblo donde vivía se llamaba Amapolas de Luna. Tenía una plaza con un árbol de jacarandá que florecía incluso en invierno, una escuela con muros pintados de poemas y una iglesia donde los vitrales contaban historias sin palabras. Pero lo más especial de Amapolas de Luna era el aire. Tenía algo... algo que parecía cantar, como si el viento supiera versos.

Lucía vivía con su abuela, Doña Teresa, una mujer de trenzas plateadas, manos de tierra y voz de canción antigua. Ella había sido maestra toda su vida y hablaba con la sabiduría de quienes han amado mucho. Cada noche, le recitaba a Lucía un verso de su libro favorito, uno de tapas gastadas que decía en la primera página: "A los niños, con amor y por amor."

—“Abuela,” preguntaba Lucía mientras el sueño le cerraba los ojos, “¿por qué los poemas me hacen sentir mariposas en el pecho?”

—“Porque son palabras vivas, mi niña. Son semillas de alma. Quien siembra una palabra buena, cosecha estrellas,” respondía Doña Teresa, envolviéndola en una manta de lana tejida con hilos de cielo.

Lucía creció entre versos y huertos. Ayudaba a plantar tomates, regaba las rosas con agua de cántaro y cantaba canciones mientras colgaba la ropa mojada bajo el sol. Pero lo que más le gustaba era escribir. Con un cuaderno en la mano y una

pluma que le había regalado su abuela —una pluma de colibrí que había encontrado en el bosque—, inventaba cuentos de niños que hablaban con nubes y de árboles que lloraban de alegría.

Una tarde, mientras el cielo comenzaba a cambiar su azul por un gris cansado, un silencio extraño descendió sobre el pueblo. Las flores no se abrían al amanecer. Las aves cantaban menos. Y lo más triste: los niños dejaron de soñar.

—“Las estrellas han desaparecido del cielo,” dijo Don Pedro, el panadero, mirando hacia arriba con los ojos llenos de sombra.

Los adultos comenzaron a preocuparse. Algunos pensaban que era cosa del clima. Otros, que el mundo estaba perdiendo la fe. Pero Lucía escuchó a su corazón —ese tamborcito de luz que le decía verdades suaves— y supo que no era eso. Sabía que algo faltaba. Algo invisible, pero esencial. Como los abrazos o las canciones de cuna.

Una noche, despertó con una idea brillante como las luciérnagas del verano. Tomó su cuaderno, su pluma y una bolsita de tela que colgaba del cuello —un regalo de su abuela, llena de semillas mágicas que nunca antes había usado— y salió al campo.

Caminó hasta la colina de los vientos, donde se decía que antiguamente las estrellas nacían del canto de los niños. Allí, se arrodilló en la tierra y comenzó a cavar pequeños hoyitos con sus manos.

En cada uno, depositaba una semilla y un verso.

—“Niño que ríe en la tarde,
despiertas al sol dormido.
Tu voz es campana clara,
tu risa, canto encendido.”

Al principio, nada ocurrió. Pero Lucía siguió. No una noche, sino muchas. Escribía, sembraba y cantaba en voz baja. A veces, le dolían las manos. Otras, el viento

parecía burlarse de ella. Pero no se detuvo. Sabía —como sabía el nombre de cada flor— que las palabras buenas tienen raíces largas.

Y una noche, cuando la luna estaba apenas creciendo, algo mágico ocurrió.

Una estrella titiló tímidamente sobre su cabeza. Luego otra. Y otra más. En cuestión de minutos, el cielo se llenó de luces suaves, como si miles de luciérnagas hubieran recordado cómo volar.

El pueblo despertó sorprendido. Los niños, que llevaban noches sin soñar, corrieron a contar lo que habían visto:

—“¡Soñé con un pez que recitaba poemas bajo el agua!”

—“¡Y yo con una flor que hablaba en rimas!”

Los adultos no entendían del todo, pero sabían que algo había cambiado. El aire volvía a cantar.

Esa mañana, Lucía regresó a casa cubierta de tierra y con el cuaderno lleno de versos. Doña Teresa la abrazó con lágrimas dulces.

—“Lo hiciste, mi niña... sembraste estrellas.”

—“No yo, abuela. Fue la palabra,” dijo Lucía con una sonrisa que iluminó la cocina como un amanecer.

Desde entonces, el pueblo celebra la Noche de las Estrellas Sembradas. Cada niño escribe un verso en un papelito, lo guarda en una semilla de barro y la entierra en la colina de los vientos. Y las estrellas, agradecidas, bajan a dormir sobre los techos del pueblo.

Dicen que Lucía creció y se hizo maestra. Que enseñaba a leer no solo con libros, sino con hojas, piedras y nubes. Que cada uno de sus alumnos aprendía no solo a escribir, sino a sentir las palabras.

Y que en su jardín, aún hoy, florecen poemas.

Porque como decía su abuela:

"La palabra buena es raíz de estrella. Y quien la cuida, cosecha luz."

Fin